

Volver al museo, a pesar de todo

JORGE BLASCO GALLARDO

El registro, el catálogo, inventario, la contabilidad, los seguros, los diferentes documentos que rodean a una pieza de arte, etc., dan fe de que archivo y museo de arte hace mucho tiempo que caminan juntos. Pero lo hacen con una diferencia. Uno, el archivo, ha sido un subalterno, un automatismo, una gestión necesaria, otro, el museo, ha sido el espacio privilegiado por las musas.

Dicho de otra manera, el archivo —que certifica la auten-

ticidad de lo que ocurre en el museo— es, sin embargo, un territorio desconocido para el público del arte en plena época de la información.

Lástima que todo ese engranaje se haya dejado en el terreno de lo técnico y que la formación de profesionales en estos campos haya relegado su trabajo a ese automatismo en que su papel es tan solo ordenar, ubicar, recuperar, siempre alejando al archivero de otros pensamientos que no sean los

resolutivos y positivistas. El dotar de sentido parece ser cosa de los historiadores del arte y de expertos, el archivero debe callar ante quien tiene el saber, quien tiene la “capacidad” y el poder de valorar lo que sale a la luz y cómo.

Por suerte este aspecto está cambiando gracias a los esfuerzos de los archiveros que rechazan ser meros autómatas y batallan por un papel más relevante en todo esto y en todos los ámbitos en que el





archivero interviene. Una separación entre el teórico que da sentido a lo archivado al sacarlo a la luz y el archivero que lo guarda sumiso no se sostiene más en una situación en que la información ha alcanzado grados de complejidad tan grande y en que el trabajo y la sociedad son entendidos como redes complejas donde la figura del experto está en decadencia en pos de un trabajo cooperativo.

Hablar con gente de archivo y registro o colección es rico y llega a niveles conceptuales muy elevados; me atrevería a decir que sin darse cuenta están muy cerca de la idea actual de obra de arte como algo total que incluye todos los procesos "mundanos" que tienen lugar para que exista, a la par que se sigue dando valor a las piezas, a lo tangible y visible.

No se puede quitar mérito a los museos de arte contem-

poráneo que han dado forma y visibilidad a un mundo profundamente burocrático que nos aplasta, a las relaciones del cuerpo con el archivo, al archivo como lugar de poder y represión, al archivo de Derrida y sobre todo al de Foucault. Pero se ha hecho siempre prescindiendo de los archiveros que tanto han escrito sobre estos problemas desde el territorio de batalla. Da la impresión de que todas las exposiciones y libros publicados sobre archivos por museos iban en realidad destinados a alimentar una moda intelectual y sobre todo a alimentar al museo, que va dejando las musas en favor de las grandes divas.

Los archivos son complejas muestras de la forma en que la organización de la información se ha hecho en cada época y ámbito, pocas veces es esta "organización" la que se visibiliza. Todo redundando en que el

archivero está al servicio de la estética dominante y, además, en manos del comisario que repite la operación antes citada: pide al archivero (el custodio mudo) los documentos a los que finalmente se dará sentido en una exposición, obviando la complejidad del recorrido que ha seguido el documento para ser lo que es y tratándolo como si de una mera "joya para la historia o el arte" se tratara.

No obstante, en los 90 y en adelante hubo una posibilidad de acercamiento real y conceptual entre museo y archivo. La actualidad de la temática archivística y la libertad que el museo de arte contemporáneo da al permitir que dentro de sus muros ocurran cosas que difícilmente podrían ocurrir fuera hicieron aparecer toda una tipología de trabajos que estudiaban la idea de archivo. Pero esa ocasión en cierta medida se

desperdió y la tendencia –con excelentes excepciones– tomó el camino de la representación de ideas sobre el archivo, simulaciones esteticistas y otros artificios que si bien tenían calidad y valor artístico también entorpecían la relevancia social del tema tratado y la percepción de su misión como garante social, gestor de la información, etc., estetizando el archivo y sin contribuir a un acercamiento del

presentar el archivo como concepto han tapado una reflexión más profunda sobre el archivo como gestor de información, como herramienta de construcción de redes de todo tipo desde hace siglos, como garante de una gran parte de los derechos del ciudadano. Lo que parecía la oportunidad de oro en el fondo ha contribuido aún más al oscurecimiento de los archivos y ha construido

la cueva de la Alí Babá del artista sino del ciudadano y esto se ha olvidado en el furor archivístico que ha recorrido los museos y que ha dado lugar a un “arte de archivo” que nada tiene que ver con un análisis cercano a los problemas y retos que tal como se entiende hoy nos arroja

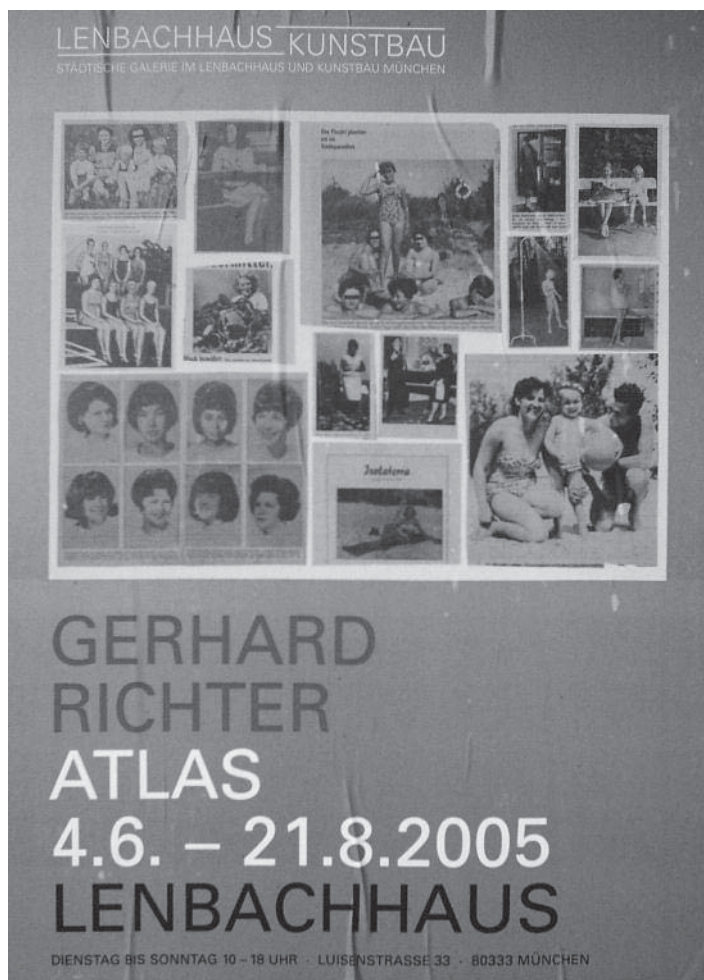
Si algo ha demostrado la fiebre de archivo en los museos de arte contemporáneo es que no nos han servido para nada. Si el archivo era visto por el público como ese lugar oscuro al que se va a investigar o a hacer alguna gestión del catastro, ahora además ha quedado marcado por el gran muro estetizador y blanco de los museos.

Desde el espacio del arte se siguen haciendo congresos, seminarios, donde solo están presentes los estetas de archivos que siguen repitiendo los mismos soliloquios que levantaron en su día el muro.

¿Dónde quedan las grandes figuras de la teoría archivística que no ha interesado mostrar en el museo?

Sin embargo, tras esta crítica general, hay que volver al museo, sobre todo a los artistas: muchos de ellos han trabajado formas de visibilizar grupos documentales, engranajes archivísticos y eso no se les puede quitar.

Merece la pena volver al estudio de estos artistas y analizar casos de estudio que realmente sirvan para que la visibilidad y visualización de los archivos sea mejor y para que poco a poco las gentes de archivo puedan incorporar modos, hallazgos, formas de hacer que los artistas nos enseñan en su trabajo si los afrontamos de uno en uno y no dentro de este marasmo de la moda de archivo que aunque parece extinguirse no lo hace del todo. ■



ciudadano a este. Así los museos de arte contemporáneo han perdido uno de los mejores momentos para dar visibilidad al archivo real, al archivo que ocurre en cada momento.

Muchas muestras y obras de gran calidad a la hora de re-

una idolatría esteticista entorpecen a ellos.

El museo ha vuelto la espalda a los archivos aparentando mirarlos a la cara y para hablar de ellos se ha nutrido de su contenido como quien va a un supermercado. El archivo no es